EL SECRETO DE ODISEO

¡Aguanta corazón! que algo más vergonzoso hubiste de soportar aquel día en que el Cíclope, de fuerza indómita, me devoraba los esforzados compañeros y tú lo toleraste.

-La Odisea

Jamás durante sus largos años en el mar Odiseo había navegado sobre aguas tan tranquilas. Los ropajes del alba, de azafranado velo, flotaban en áureos destellos sobre una superficie intensamente quieta. A lo lejos la tripulación divisó una figura que emitía luz y se mantenía a flote de forma misteriosa sobre el agua. La tripulación estaba nerviosa porque no se formaban olas en aquel lugar pese a que el fondo era profundo. Pero sin pensar en el peligro, hechizados por el brillo, remaron hacia allí muy despacio.

Visto de lejos era tan sólo un resplandor blanco, semejante a una ola encrespada y erguida que ondulaba como si fuera a doblarse, pero no llegaba a hacerlo. En frente a aquello se veían dos pequeñas protuberancias negras de algo que estaba sumergido.

El chapoteo de los maderos fue el único sonido que escucharon hasta que se oyó la voz de uno de los marineros de la proa.

-¡Se mueve!

-¿Qué es?- preguntó uno.

-Parece ser un anciano.

-¿En semejante lugar? En ese caso sólo podría tratarse de un dios.

-¿Un dios anciano?, no puede ser.

-Hay algo oscuro hundido en el agua. Es gigantesco. Estamos a punto de pasarle por encima.

Uno de los remos se estrelló contra la protuberancia oscura de la derecha y por el sonido supieron que era dura como un hueso, pero no ocurrió nada más.

-¡Deténganse!- ordenó Odiseo.

Los remos quedaron en el aire y la nave se detuvo con la misma lentitud de una medusa cuando se despereza. Todos los ojos estaban puestos en aquel anciano. Su larga túnica le dejaba descubiertos los pies, que estaban apoyados con suavidad sobre el agua. El cabello y la barba le llegaban hasta las rodillas y resplandecían de tal manera que era necesario protegerse los ojos con las manos para mirarlo. Su piel semejaba los pétalos de un jazmín e invitaba a la caricia, en cambio la expresión de sus ojos era enigmática, podía ser de invitación o peligro.

- Odiseo, ¿Sabes quién es?

-No. No lo sé. Pero retrocedan un poco.

Los remos se hundieron en el agua una sola vez y al salir los chorros de agua mojaron el silencio. Ningún miembro de la tripulación era capaz de quitarle la mirada de encima al anciano. Entonces Odiseo caminó hasta la proa, apoyó su rodilla derecha sobre el borde de la nave, lo miró directamente a los ojos, enmarcados en unas pestañas blancas como

escarcha de nieve, y trató de descifrar aquel acertijo viviente. La tensión alrededor resultaba opresiva.

De repente, pequeñas franjas azuladas y fosforescentes comenzaron a serpentear a través de las sienes del anciano. Odiseo sintió un escalofrío en el espinazo y con el rostro transfigurado por el terror se volvió hacia sus hombres.

-¡Atrás, remen hacia atrás!, ¡Rápido!

Uno de los remos dio contra la misma protuberancia que habían golpeado poco antes y las dos cosas oscuras comenzaron a emerger de las aguas. Eran las ancas de un caballo negro, enorme, por lo menos diez veces más grande que uno normal. Su lomo estaba cubierto de piel pero el resto del cuerpo era sólo esqueleto. Su quijada se abrió, amenazante, y el anciano se echó a reír. Antes de que la tripulación tuviera tiempo de reaccionar, el caballo se hundió con fuerza, el mar se ahuecó y en torno a la nave crecieron enormes paredes de agua que empezaron a girar a velocidades cada vez mayores. Muchos hombres murieron ahogados en aquel remolino.

Cuando Odiseo despertó, estaba atado en cruz a una tabla redonda de madera que daba vueltas sin cesar. Las correas de cuero le apretaban de tal modo las muñecas y los tobillos, que unos hilos de sangre resbalaban a lo largo de sus extremidades. Al fin gritó de dolor. La tabla giratoria se detuvo de forma brusca y se dio cuenta que estaba dentro de una gruta. Frente a él apareció un hombre de hermosura extraordinaria. Sus cabellos

negros caían en rizos perfumados y su piel era tan tersa como la de una oliva madura. En sus ojos había algo que seducía y horrorizaba a la vez. Aquel joven, aquel dios, era el mismo anciano que habían visto flotar en el mar. Con la mano derecha se masajeaba su verga erguida y en la izquierda sostenía una copa que acercó a los labios de Odiseo.

-¡Bebe!- ordenó.

-¿Qué es?

-Un brebaje que te hará perder la razón.

-No lo quiero.

-Lo querrás. Es lo único que te evitará darte cuenta del sufrimiento. Te esperan torturas peores que a las de tus hombres- dijo.

Giró la cabeza hacia la derecha. Odiseo siguió aquella mirada y lo que vio hizo que apretara la mandíbula hasta que sus dientes estuvieron a punto de estallar. Los sobrevivientes de su tripulación, enterrados hasta el pecho en un bloque de mármol, tenían las cuencas de los ojos vacías y la boca ensangrentada. No se oía ni un grito, ni un quejido. Les habían arrancado la lengua. Sus cabezas se movían con desesperación para evitar los arañazos y picotazos de una nube de arpías que revoloteaba sobre ellos. Algunos estaban tan cerca entre sí, que sus cabezas se estrellaban al esquivar los ataques.

-¿Por qué lo haces, Poseidón?- preguntó Odiseo.

Y el dios, que tenía como su hermano Zeus la facultad de transformarse en lo que quisiera, dejó la copa en el suelo, abrió los brazos y se convirtió en su propio hijo, el

cíclope Polifemo. De su único ojo, donde llevaba clavada la lanza de Odiseo, chorreaba sangre mezclada con lágrimas. Se dejó caer de rodillas y en tono de súplica repitió la imprecación que el cíclope había hecho antes de morir.

-Óyeme Poseidón, que ciñes la tierra, el dios de la cabeza cerúlea, si de verdad te ufanas de ser mi padre, haz que Odiseo, el hijo de Laertes, el destructor de ciudades, quien tiene su hogar en Ítaca, no regrese jamás a su patria. Pero si por alguna razón hubiera de volver, que sea tarde y mal, en una nave ajena, después de que hayan muerto todos sus compañeros y encontrado muchos problemas en su casa.

Odiseo comprendió que su arrogancia era la única causante del sufrimiento de sus compañeros. Bajó la mirada, avergonzado. Poseidón recuperó su forma de hombre joven.

-Y para completar tu insulto, le dijiste a mi hijo Polifemo que ni el mismo dios que sacude la tierra le devolvería la vista. Es cierto. No pude. Pero en venganza le he arrancado los ojos a cada uno de tus hombres. Fue menos doloroso de lo que parece. Ellos bebieron antes el líquido que te he ofrecido.

Recogió la copa y volvió a acercársela a los labios. Odiseo meneó la cabeza.

-Peor para ti- dijo. La copa de oro se abolló al estrellarse contra el suelo.

En ese momento el aire fue acariciado por el canto de un grupo de ninfas. Dos de ellas se asomaron con coquetería al umbral de la gruta, se rieron y al salir corriendo, la corona de flores de una de ellas resbaló y cayó al suelo. Poseidón volvió a masajear su verga enorme y salió a perseguirlas.

Odiseo miró a sus hombres y vertió lágrimas de dolor por cada uno de ellos. De repente, la nube de arpías que había estado torturando a la tripulación se abalanzó sobre él y el olor nauseabundo que despedían estuvo a punto de hacerlo vomitar. Se preparó para morir, pero en lugar de atacarlo, comenzaron a desgarrar las correas que lo mantenían prisionero.

-Vamos a liberarte, Odiseo.

-Liberarte.

-OdiseoOdiseoOdiseo.

Tenían una extraña forma de hablar. Lo que decía una, lo repetían varias, de modo que una misma frase le llegaba fragmentada desde distintos lugares a la vez.

-¿Quién las envía a rescatarme?- preguntó.

-Atenea te protege.

-Atenea.

-Atenea

-Te protege.

-Y por órdenes suyas te vamos a sacar de aquí.

-A sacar.

-Te protege.

-¿Y mis hombres?

-Aceptaron el brebaje de Poseidón para evitar el dolor y ahora están locos. Nadie puede hacer nada por ellos.

-Brebaje.

-El dolor.

-Nada por ellos.

-LocosLocosLocos.

-No los puedo dejar aquí- protestó él.

-Tendrás que irte solo.

-Locos

-Irte.

-Solosolosolosolo.

-¿Y cómo saldremos?, ¿En dónde estoy?

-Estamos en la única isla en medio del mar de la mala muerte. Te llevaremos cerca de tierra firme. Ya no hay tiempo para más preguntas.

-Llevaremos.

-Mala muerte.

-Tierra firme.

-Preguntaspreguntaspreguntas.

-Una cosa más -dijo la primera arpía- todo lo que ha pasado aquí, incluso nuestra intervención, debes guardarlo en secreto. Jamás ningún humano debe saber que viste cara a cara la ira de uno de los dioses. Cuando pregunten cómo perdiste a estos cuarenta hombres, dirás lo siguiente: En Trinacria, una noche mientras tú dormías, tus compañeros acuciados por el hambre mataron y se comieron las vacas Sol. Y al salir de la isla, una pavorosa tormenta hizo naufragar el barco.

Ninguna de las otras arpías repitió esa frase. Odiseo creyó que se habían quedado calladas porque Poseidón estaba a punto de regresar, pero en ese momento se desplomó en el piso. Finalmente estaba libre. Se sobó las heridas de sus manos y tobillos.

-Te llevaremos ahora. Pero tu vida depende de que cumplas esta condición, Odiseo. Tú, que mientes por placer, deberás aprender a vivir con esta mentira dolorosa en tu corazón.

-Placer.

-Condición.

-Mientes.

-Corazón.

-OdiseoOdiseoOdiseo.

Asintió y cuatro pares de garras se clavaron en sus ropas. El hedor que despedían aumentó tanto con el aleteo, que él terminó por desmayarse. De lo siguiente que tuvo conciencia fue de flotar en el agua y de que su túnica estaba enredada en un enorme trozo de madera. Sus fuerzas lo abandonaban y perdía el sentido con frecuencia. Permaneció a la deriva durante ocho días y al principio del noveno lo despertó la aspereza de la arena contra su pecho y su cara. Levantó la cabeza entre la espuma de las olas y vio que una ninfa caminaba hacia él. Le costó trabajo reconocer su propia voz.

-¿Quién vive?

-Calipso.

-Soy Odiseo Laertes. ¿En dónde estoy?

-Estás a salvo en mi isla, Ogigia.

Se arrodilló en la orilla para ayudarlo a levantarse.

-¿Dime una cosa Odiseo Laertes, dónde está tu tripulación?

Él enterró la nariz ampollada por el sol entre los pliegues de la túnica de ella y comenzó a sollozar.

-Perdí a mis hombres en una tormenta al salir de Tinacria.